

Reseñas de Libros

Arturo Prats

El Cancionero de Šelomoh ben Reuben Bonafed (s. XV). 2 vols. Colección «Textos y culturas judías». Granada: Editorial Universidad de Granada, 2020.— ISBN: 978-84-338-6634-9.— 734 págs.

En un ensayo sobre la literatura hebrea medieval publicado en *The Oxford Handbook of Jewish Studies* (Oxford, 2002), hace ya más de veinte años, Tova Rosen y Eli Yassif hacían referencia a *Ḥidduš u-masoret* (Jerusalén, 1976) y atribuían a su autor, Dan Pagis, el haber presentado por primera vez en ese libro la literatura hebrea escrita en los reinos cristianos de la Península, y en particular la poesía, como una escuela independiente de la andalusí, dueña de una poética propia, y no como secuela o epígono de la misma. En las dos décadas transcurridas desde entonces, se han publicado varios estudios y análisis de gran valor que han contribuido a mejorar nuestro conocimiento de la historia de la poesía hebrea en época tardomedieval, pero ninguno que represente un avance para el campo tan sustantivo como el libro que aquí se reseña.

El Cancionero de Šelomoh ben Reuben Bonafed (s. XV), de Arturo Prats, editado por la Universidad de Granada en 2020, ofrece la edición crítica de toda la obra conocida, y en gran parte inédita, de uno de los últimos poetas hebreos de la Península.

A Šelomoh Bonafed, activo a finales del siglo XIV y primeras décadas del XV en

distintas localidades del reino de Aragón, se le conoce sobre todo por haber sido miembro, junto con Šelomoh de Piera, Vidal Benvenist ben Laḇi, Vidal Abenvenist, y otros autores de su generación, del llamado «Círculo de poetas de Zaragoza». Como muchos coetáneos suyos, los integrantes de ese grupo vieron sus vidas gravemente afectadas por las persecuciones de 1391, y por la disputa de Tortosa de 1414-1415, que llevó a varios de ellos a la conversión. De esos sucesos y de la cambiante relación entre los miembros de esta particular sociedad literaria, dan cuenta los escritos de Bonafed. El que en buena parte hayan permanecido hasta ahora inéditos no es casual. Su extensión (unas 400 páginas en su versión editada), el estilo críptico de la mayoría de ellos, el uso constante de la sátira, y una muy intrincada y compleja transmisión textual, han sido obstáculos que disuadían de su edición completa.

Arturo Prats se ha enfrentado a ese reto, y lo ha hecho —a mi entender—, de manera ejemplar. El libro consta de dos volúmenes: el primero presenta la edición de los textos precedida de un estudio, y el segundo su traducción al español.

En la Introducción, Prats da cuenta pormenorizada del estado de la cuestión, tanto en lo referido a las ediciones anteriores, sus métodos y los problemas que —en su opinión— plantean, como a las traducciones, y los contenidos que han sido objeto predilecto de estudio por parte de historiadores sociales e historiadores de la

literatura. La Introducción va seguida de tres capítulos: 1) sobre el grupo de poetas al que pertenece Bonafed, y sus principales miembros, capítulo que se completa con un índice de personajes mencionados en la obra (vol. I, págs. 115-130); 2) sobre los textos y su transmisión, y 3) sobre el tipo edición que se propone en el libro.

Prats atiende al contexto en el que se gesta la obra de Bonafed, y a aquellos interlocutores con los que mantiene intercambio epistolar, pero sobre todo a las vidas de los textos, en sus distintos soportes materiales, desde el momento de su escritura al de la presente edición. El capítulo dos es, en este sentido, particularmente reseñable. En él Prats subraya que, a partir del momento de su escritura, los textos existen y se transmiten en una serie de soportes materiales de los que no se pueden desligar en el análisis, pues se transforman al formar parte de cada uno de ellos. Estos incluyen cartas (además de notas, anexos, cuadernos, etc.), que suelen constar de una serie fija de secciones; reensiones o cancioneros de autor; códices literarios o cancioneros; cancioneros tardíos u otro tipo de obras; y ediciones modernas, sin que todos los textos atraviesen necesariamente todas y cada una de esas fases. Prats recuerda que no se puede hablar de un único original, ni se puede aspirar a recuperarlo, en el sentido de que ya el propio autor envía su obra a distintas personas, adaptando en cada caso el escrito a su destinatario. Tampoco existe un único cancionero de autor, pues este hacía selecciones de sus textos y de las respuestas que recibía de sus interlocutores, y los hacía circular en forma de cuadernos.

El tercer capítulo presenta el método de edición que se propone, y que contempla todos los testimonios conocidos. Lo que Prats edita es un cancionero de autor, pero

al no haber llegado hasta nosotros ni cartas, ni ológrafos del primer cancionero o cancioneros de Bonafed, tiene que hacerlo a partir del primer testimonio textual conservado, es decir, de cancioneros colectivos, en los que la obra de este autor se transmite junto con la de otros. La decisión de basar la edición en el mejor testimonio, y de respetar el orden de los poemas tal como aparece en los manuscritos, es coherente con la atención prestada a la materialidad de los textos y al deseo de reducir la distancia entre las múltiples vidas de los mismos y el lector actual.

La edición completa y fiable de las unidades textuales, acompañadas de un detallado aparato de citas bíblicas, supone un salto evidente respecto a ediciones anteriores, que en su conjunto resultaban parciales, y que en ocasiones eran selectivas, o separaban las secciones de prosa y verso.

En el segundo volumen, la traducción al español se acompaña de dos importantes guías de lectura: la explicación de la compleja estructura de las unidades textuales (pág. 600), y un extenso resumen del contenido de cada una de ellas (págs. 624-709). El añadido de este último no es baladí. El lector no especialista, interesado en la literatura medieval, y aun el especialista iban a encontrar grandes dificultades en dar sentido a los textos sin esa mediación. El uso de un lenguaje bíblico, sujeto al virtuosismo formal (# 99) y a distintas tradiciones de interpretación (# 130-131), objeto a veces de un uso polémico (# 92-94), y trufado de alusiones crípticas al contexto histórico, dificultan enormemente la comprensión. Los resúmenes contextualizan los textos, los interpretan, hacen referencia a estudios previos sobre los mismos y permiten relacionarlos entre sí.

Si la edición completa de la obra de Bonafed es una buena noticia para la historia de la literatura hebrea, el que vaya acompañada

de traducción lo es para la historia de las restantes literaturas ibéricas tardomedievales. Por una parte, del propio cancionero se deduce que existían cartas en romance que los miembros del círculo de poetas intercambiaban y que no llegaron a copiarse en los cancioneros; por otra, Prats llama la atención con frecuencia sobre la relación entre una tradición literaria y otra, en lo referido al lenguaje, los géneros literarios, la relación con la tradición, los formatos de copia y transmisión, y la existencia de círculos literarios similares en una y otra lengua o lenguas; por último, el libro proporciona a los estudiosos de la literatura medieval castellana y catalana el acceso a una riquísima tradición contemporánea a la que es objeto de su estudio, que incluye poemas de amor, elegías, invectivas, cartas de recomendación, textos filosóficos, y un larguísimo etcétera.

En su ensayo del año 2002, Rosen y Yassif llamaban a dibujar un panorama más preciso y general de la literatura hebrea en los reinos hispanos, y a llevar a cabo estudios comparativos entre esa literatura y la escrita en romance. Este libro, fruto de años de trabajo, da un paso de gigante en esa dirección.

Esperanza Alfonso
ILC, CSIC

Ricardo Muñoz Solla

Menéndez Pidal, Abraham Yahuda y la política de la Real Academia Española hacia el hispanismo judío y la lengua sefardí (=Estudios filológicos, 351).

Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 2021.– ISBN: 978-84-1311-607-5.– 406 págs.

Los estudios hispano-judíos se nutren de una variada gama de diversas discipli-

nas: desde historia de la filosofía, gastronomía, historia del arte y de la arquitectura, hasta historia fiscal, mística, paremiología, derecho, música, poesía y muchas más. Generalmente estas disciplinas tratan de generar sus lenguajes, prioridades, jerarquías, etc. que a su vez cambian, a veces dependiendo de la fecha y el lugar. Tarde o temprano, la investigación reconoce la necesidad de atender a la historiografía para progresar en su cauce. Frecuentemente, la reconstrucción de la historiografía se limita a las Universidades, dejando de lado la aportación de igual o mayor peso en otros marcos institucionales (Museos, Archivos, Bibliotecas, Academias, Institutos de Investigación.) No es así el caso de este trabajo. El ejemplo de la filología es especialmente interesante en el modo en que lo abarca el autor. Hay posiblemente tres vetas principales en este libro de más de 400 páginas y doce apéndices, tan sólida y densamente documentado: la historia personal, la política y la “oficial”.

Una de las tesis principales del libro es que estos estudios de filología estuvieron siempre marcados por las circunstancias políticas y no menos por las limitaciones y prejuicios hacia la lengua sefardí y sus hablantes. Un hilo conductor sería la implicación de que en España, en aquella época, este campo difería del estudio de otras culturas, p. ej la inglesa o francesa, y se distinguía por una marcada aproximación “emocional”, ya sea de afecto por parte filosefardí o de posiciones antijudías de corte tradicional, como observa el autor. Es por esto que estos estudios tampoco pueden entenderse al margen de personalidades como Ángel Pulido, sus ideales regeneracionistas y su movimiento filosefardí impulsado desde principios del siglo xx. Otro actor importante es Ramón Menéndez Pidal. Aunque la inclusión de lo sefardí en el corpus de sus estudios –espe-

cialmente del romancero— es conocida, aquí apreciamos con exactitud el subyacente entramado de relaciones personales. Es de interés lo que escribe Muñoz Solla acerca de Unamuno como estudiante del hebreo o lector de textos en caracteres hebraicos a la par de sus contactos con Pulido. Creo que aclara un hecho quizás insólito: la composición, por el autor de *Niebla*, de un ensayo introductorio a la obra de Ariel Bension sobre el *Zóhar*. Es una obra que (en otra versión) Gershom Scholem conocía y citaba. También, como señalé en otro momento, el pensamiento de Américo Castro tiene afinidades y contactos con Pulido. Numerosos individuos más como, por ejemplo, personalidades del mundo sefardí del siglo xx, serán mejor conocidos ahora gracias al análisis y documentación de este libro basado en búsquedas en una impresionante nómina de archivos en España y en Israel.

El caso de Abraham Shalom Yahuda (1877-1951) es interesante por varias razones que permiten entender el valor de las novedades de este libro. Yahuda, nacido en Jerusalén y de raíces en Frankfurt y Bagdad, no encaja muy bien en los estereotipos de hermética y férrea fragmentación entre askenazíes y sefardíes. Tampoco los sustentan su predilección por, y deleite en, el yidis y su opción por Berlín, donde ejerció en la famosa Hochschule für Wissenschaft des Judentums durante diez años antes de la guerra, hasta 1915, que es cuando se establece en España. Puede que haya que advertir que no se puede comparar a Yahuda con su primo David Yellin (con quien mantuvo una extensa correspondencia) cuya obra sobre la poesía hispano-hebrea medieval en relación con los análogos árabes (*Introduction to the Hebrew Poetry of the Spanish Period* (Jerusalem: Hevrah le-hoša'at sefarim she-‘al yad ha-universitah ha-‘ivrit, 1940 [en he-

breo]) constituye todavía un útil instrumento de trabajo. Esto a pesar de que Yahuda había publicado poesías hebraicas de su propio acervo y había transcrito y analizado las poesías litúrgicas en los fragmentos medievales utilizados en la encuadernación de un libro en Solsona. Tengo la impresión de que en los múltiples estudios de hoy acerca de fragmentos hebreos en encuadernaciones no se ha reconocido su papel pionero en el interés por tales fragmentos. En contraste, hoy en día se está comenzando a valorar el papel de Yahuda en la historia de las bibliotecas y transferencias de manuscritos, aunque principalmente se trate de manuscritos en su mayoría no-hebraicos. Dada su relación de parentesco con los Sasoon y sus indudables talentos de coleccionista y marchante de manuscritos, puede que no sea ocioso recordar que no aportó lo que su pariente, David Solomon Sassoon (1880-1942), al estudio de los manuscritos de su colección en *Ohel Dawid. Descriptive Catalogue of the Hebrew and Samaritan Manuscripts in the Sassoon Library* (London: Oxford University Press, 1932. 2 vols.), útil todavía hoy; descripciones que pueden complementarse ahora con las de los catálogos de estos manuscritos (preparados para, por ejemplo, la venta de Sotheby's en Zurich [1975]) por un autor anónimo (pero probablemente por el profesor Chimen Abramsky del University College de Londres). Se tiene la impresión de que su edición del original judeo-árabe de los *Deberes de los Corazones* del zaragozano Bahia ben Joseph Ibn Paquda —a base de manuscritos de St Petersburg, Paris y Oxford— es menos conocida (ya que la misma obra se volvió a editar por otros después.) que la traducción al hebreo del siglo xii. En el ámbito del estudio de lo hispano-judío medieval, hay dos ítems suyos que posiblemente sean todavía recordados. Así, por ejemplo,

es curioso notar que el estudio de las inscripciones hebreas de la toledana sinagoga de Abulafia (o del Tránsito) por Mordekhai Omer («La Sinagoga de Samuel ha-Levi en Toledo», en *The Synagogue of Samuel Halevy El Tránsito Toledo Spain* [Tel Aviv: Genia Schreiber University Gallery, Tel-Aviv University, 1992/3] págs. 162-184), prefiere el texto de Yahuda al de Cantera. Los documentos de Aguilar de Campoo editados y publicados por Pidal no podían haber sido ni producidos ni comprendidos por un cristiano del siglo XIII ni por lingüistas del XX, sin glosas como las de Yahuda, tan lúcidamente notadas por Muñoz Solla. En otras palabras, Yahuda merece recordarse y estudiarse precisamente porque su obra ha caído en un relativo olvido.

En el ámbito de lo “oficial” es de notar el caudal de noticias aportadas en este trabajo. Cambian nuestros conocimientos detallados acerca del tema, a la par que nos dan una idea de la intensidad de la involucración a nivel estatal, diplomático y de la Real Academia Española en el campo de los estudios de la lengua. Destacan los testimonios acerca de lo que significaba, para prominentes personalidades sefardíes de la época, la adjudicación de títulos de miembros correspondientes de la Real Academia.

Son de agradecer el trabajo y los esfuerzos (paradójicamente invisibles) por localizar, reunir y seleccionar las nítidas fotografías que aparecen en este tomo y que a veces pueden ser más elocuentes que las palabras. Se pueden mencionar algunas tan emblemáticas como las de Pulido junto a Unamuno; Isaac R. Molho depositando un ramo de flores en la Sacramental de San Justo ante la tumba de Ramón Menéndez Pidal en 1965, o Salomon Gaon –de una Academia Sefardí– con Francisco Franco.

Una de las virtudes del libro es que estimula e impulsa a seguir indagando. El énfasis sobre “lo español” es natural y suscita el rigor del libro. Pero uno se pregunta si con los avances en la comunicación en los siglos XIX y XX no hay aspectos que trascienden fronteras. Igualmente, en estas épocas, está el problema “técnico”. Acerca del primer tema cabe recordar, por poner un ejemplo, que en Cambridge se estaba al tanto de las adquisiciones de manuscritos de la *Guenizá* en el Oxford de la época de Neubauer y viceversa. En la biblioteca del British Museum se observa atentamente lo que ocurre en las dos grandes universidades así como en las bibliotecas nacionales de París y Berlín. La entrada de la *Guenizá* en Cambridge, el *Shapira affair* (1883), el coleccionismo de manuscritos en caracteres hebraicos y otros fenómenos de la época (cf. Eleazar GUTWIRTH, «Primary Sources and Collectionism: The Case of Hebrew Character Manuscripts», en *Chimen: A 90th Birthday Celebration* [London, 2006] págs. 1-7) se entienden si se toman en cuenta los factores de rivalidad, emulación pero también cooperación nacional e institucional no solo en España. En ese sentido se podría indagar, por ejemplo, hasta qué punto la atención al judeo-español estaba relacionada con la atención prestada al tema en la Société de Linguistique de Paris o, en el caso del auge del estudio del romancero judeo-español, si estaba relacionado con el previo e intenso interés por la épica medieval en Francia y Alemania en un período en el cual la épica se convertía en la leyenda nacional (vid. Isabel DIVANNA, *Reconstructing the Middle Ages: Gaston Paris and the Development of Nineteenth-century Medievalism* [Cambridge: Cambridge Scholars Publishing, 2008]). Dudo que pudieran ignorarse completamente en Madrid los trabajos de Julius Subak (1872–1936) en el Imperio

austro-húngaro. Durante 1908-1909, el romanista fue encomendado por la Comisión de los Balcanes de la Academia Imperial de Ciencias para registrar, tanto por escrito como fonográficamente, el judeoespañol de la península Balcánica. Llevó a cabo su investigación principalmente lingüística entre los sefardíes.

Además, en este período, hay una cuestión “técnica”. Detrás de la voluntad de construir lazos con el pasado y presente sefardí, tan sólidamente demostrada por los documentos descubiertos por Muñoz Solla, también hay problemas de acceso a manuscritos, impresos, *rara, unica*, alfabetos, paleografía, léxicos e idiomas –cuestiones técnicas que se mencionan brevemente aquí–. Recuérdese, por ejemplo, la formulación, ca. 1885, de un aspecto del tema por el orientalista don Francisco Fernández y González (uno de los pocos que en aquel entonces estudiaba manuscritos aljamiados) al confrontar las tres cartas manuscritas de La Guardia en aljámia hebraico-española del siglo xv (en «Tres manuscritos rabínicos», *Boletín de la Real Academia de la Historia* 5 [1884] págs. 299-307: 300): «...la nada fácil interpretación de los revesados trazos de escritura rabínica, en que están en su totalidad escritas». No sé si hubo ayudas en la transcripción, pero en el caso de otro manuscrito aljamiado del siglo xv, las *Taqqanot* de Valladolid (1432) en la BNF de París, Fer-

nández y González tuvo que recurrir a Derenbourg: «...á quien se encargase con confianza el escribir la copia del mencionado documento; con lo cual me dirigí, desde luego, al sabio paleógrafo y peritísimo conocedor de los idiomas del Oriente semítico M. Hartwig Derenbourg, á cuya discreta y desinteresada cooperación debe el fondo hebreo de nuestra biblioteca... el haberse enriquecido, á costa de muy modesto desembolso, con una copia del manuscrito hebreo, generalmente esmerada, la cual, examinada por mí con detención, estudiada é interpretada, motiva el presente trabajo, que someto al juicio de la Academia» (cf. Francisco FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ, «Ordenamiento formado por los procuradores de las aljamas hebreas pertenecientes al territorio de los estados de Castilla, en la asamblea celebrada en Valladolid el año 1432», *Boletín de la Real Academia de la Historia* 7 [1885] págs. 145-189, 275-305 y 395-413 y 8 [1886] págs. 10-14). Este tipo de problemas encuentra solución en los contactos con estudiosos como Yahuda.

Por su aporte original y detallado, este libro será un punto de referencia obligatorio en la historiografía de los estudios hispano-judaicos.

Eleazar Gutwirth
Tel-Aviv University